

EDUARDO GUERRERO TAPIA  
**LA GRABADORA**  
(FRAGMENTO DE NOVELA)

... una vez en casa, recibí la noticia. Estela había venido a buscarme y avisado que me necesitaba con urgencia. Su figura de atleta del placer emergió en mi pensamiento. En tales ocasiones hay que mostrarse atento, como mercader, complacer los más extravagantes caprichos del cliente. Las oportunidades no se ofrecen en la esquina.

Me costaba trabajo quitarme del seso su imagen. Siempre su recuerdo me congestionaba las ideas. ¿Para qué me quería?

La mácula en nuestra relación consistía en que sólo me elevaba al rango de amigo en casos de necesidad. La mayor parte del tiempo era únicamente un conocido suyo. Siempre que me concedía ascenso semejante tenía algo que pedirme, invariablemente. Así, lo que en realidad hacía era pasarme la bola, la de sus necesidades, excluidas las eróticas, claro está. Para éstas un simple conocido es inser-

vible. Debe guardar la distancia suficiente para evitar tentaciones. La espera del autobús impidió, además, que me hinchara de optimismo.

En su departamento en la del Valle me recibió con una sonrisa a flor de labios. Rezumaba cortesía por cada poro. De inmediato me hizo pasar al comedor para invitarme un buen trozo de pudín, mi postre favorito. Comencé a sospechar.

En efecto, a medio plato, súbitamente, me soltó el paquete, para que lo deglutiera junto al postre.

—¿Sabes que Gina está por recibirse?... Cuestión de unas semanas —dijo, para comenzar.

Me dio pormenores. Gina, su hija, estudiante de Letras, estaba por finalizar su carrera. Sin embargo, debía realizar una tesis que implicaba una labor ardua: realizar un estudio a fondo sobre el lenguaje vernáculo y las expresiones populares.

En conclusión, mi amistad en este caso se redujo a comprometerme a realizar algunas grabaciones en sitios sórdidos, vedados naturalmente a la fragilidad femenina. El aprecio que sentía por ellas impidió que me rehusara. El amigo iba a poner su pequeña contribución.

La propia Gina me explicó los detalles y me facilitó una grabadora.

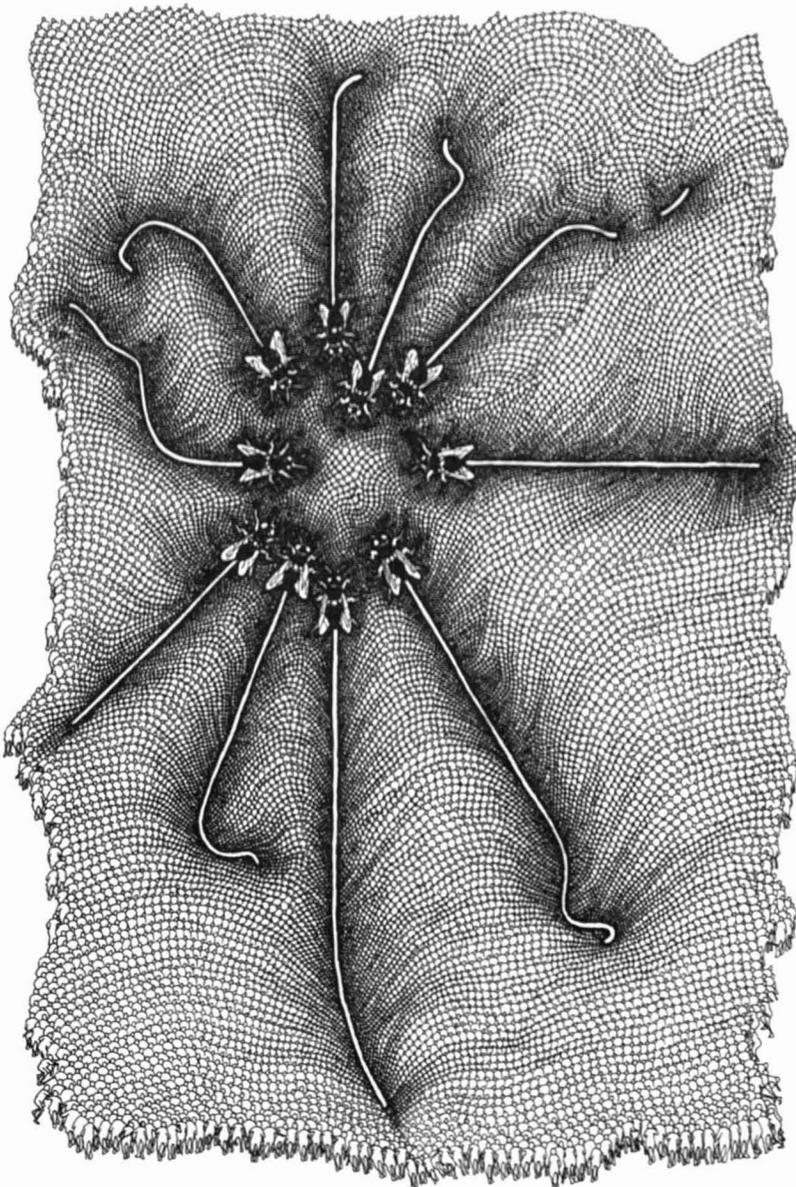
La verdad, una vez que abandoné el departamento, no sabía por donde empezar. Decidí aplazar el asunto para el día siguiente.

El domingo por la mañana se me ocurrió comenzar por los futbolistas llaneros. La bola a veces torna agresivos a los equiperos, no sólo deportiva sino también expresivamente hablando. Esos momentos me proponía registrar.

Viajaba en autobús hacia unas canchas en el sur de la ciudad. El chofer parecía no tener prisa. Raro. Esperaba a que los pasajeros subieran o se apearan limpiamente, según el caso. Embobado por decencia semejante casi pasé desapercibido que ante nosotros se formaba un tumulto, a mitad del arroyo. La gente impedía el paso de vehículos. A todas luces un accidente. Permanecimos inmovilizados varios minutos al cabo de los cuales opté por apearme e ir a sondear el terreno, esperanzado. Los tumultos suelen a veces ser viveros de expresividad.

En medio de un impresionante charco púrpura yacía un hombre. Un pintor, sin duda, por las manchas multicolores en sus ropas y un bote de pintura regado en el pavimento. Alguien colocó a su lado la descuajaringada bicicleta, como si en este momento hubiera de necesitarla.

El accidentado no tuvo a bien contribuir en nada a mis propósitos. Se hallaba en el preciso instante de entregar el equipo (no precisamente el de las brochas y pintura). Era evidente que agonizaba. Para saberlo no había necesidad de auscultarlo. Se limitaba a emitir ahogados quejidos. Me hubiera gustado que pudiera expresar su última voluntad, para grabarla. Podría ser una contribución a la si-cología de los moribundos.



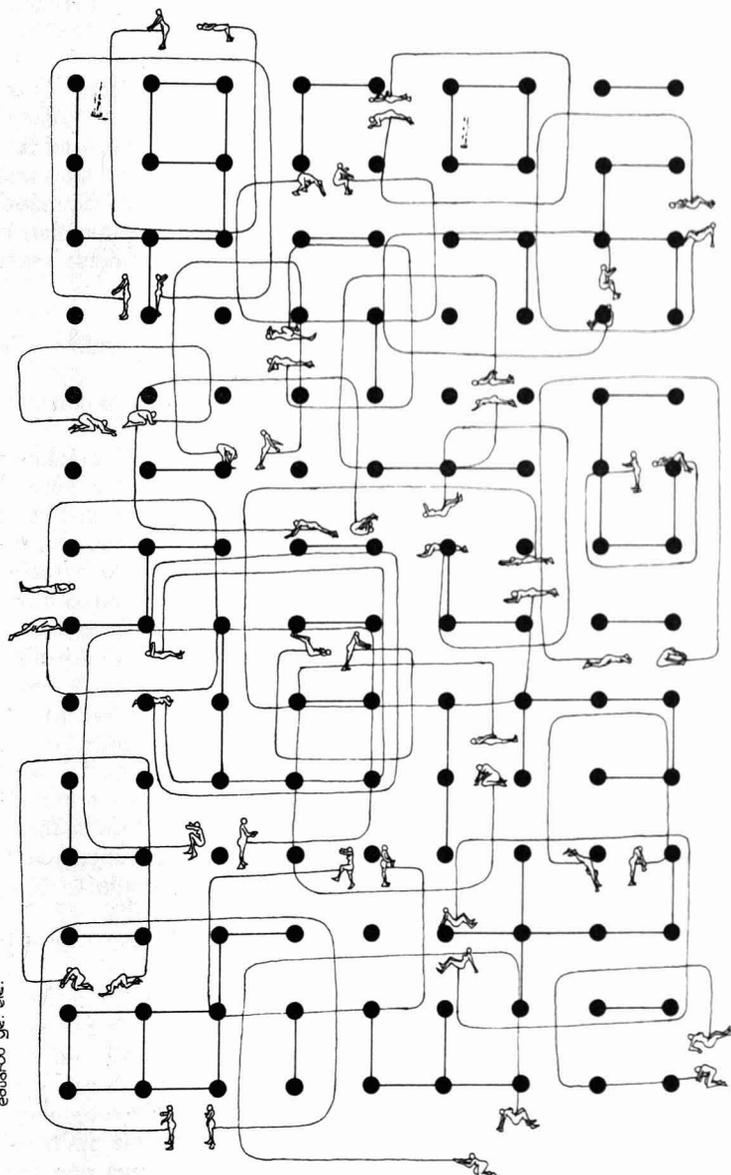
Apenas se escuchaban débiles cuchicheos entre la muchedumbre consternada. Cuando quise abordar de nuevo el autobús, éste había partido.

A poca distancia se extendía un parque. Decidí explorar.

Algunas parejas se besuqueaban en los prados al lado de muchachillos jugando a la pelota. Me senté sobre el césped a observar. Pronto el parque fue poblándose de los tonos chillantes de las sirvientas y de la alharaca de familias pobres. Los pobres y las criadas se van de día de campo a los parques... y también las lacras como yo.

Pero esta vez iba en misión oficial.

Cerca de una fuente se aglomeraban pequeños grupos de ociosos que observaban el espectáculo de los payasos, merolicos y pájaros pitonisos. También había un conjunto norteño haciendo ruido. Sin proponérmelo había encontrado algo de



probable utilidad. Anteriormente había escuchado los discursos de los merolicos y la gama alburera de los payasos ambulantes. Tuve la certeza de que tenía frente a mí el material que inauguraría mi labor.

Me situé estratégicamente entre el círculo de espectadores observando a uno de estos hombres y de inmediato encendí el aparato para no dejar escapar ni uno sólo de sus dichos. El merolico se hacía acompañar de un muchacho que vestía harapos multicolores y llevaba la cara pintarrajeada a la manera de los payasos. Un auténtico bufón. Se embromaban mutuamente enfatizando sus palabras con gestos y ademanes vivaces y a veces obscenos que producían la hilaridad del público. Lo dije, la oportunidad estaba presente.

Pero al levantar la grabadora para sacar mejor provecho acústico, el merolico y su comparsa se volvieron a mirarme. El merolico dio unos pasos en mi dirección en medio de exclamaciones y aspavientos.

—¡Ey! ¡Ey! ¡usted! ¡el de la grabadora! ¡Hágame favor de guardar su aparatito! Usted sabe que soy trabajador no asalariado y no voy a dejar que nadie plagie mi trabajo. Uno utiliza el talento, echa a andar la imaginación y son otros los oportunistas que quieren comerse la tajada. Por ahí han salido recientemente discos, libros y revistas que se han fusilado los productos de nuestra inteligencia y que han hecho ricos a vivales mientras que nosotros los verdaderos autores no recibimos ni un clavo. A menos que m'extiendan un contrato por el cual me lleve el 40% de las ganancias y que mi nombre y fotografía se den a la publicidad y se me conceda una entrevista con la prensa para dar a conocer todas las injusticias de que somos víctimas y lo dura que's nuestra vida y se nos de chance de formar un sindicato y gocemos de todas las prestaciones de la ley y seguro social y se nos den lugares decentes para trabajar y divertir al pueblo ganando un sueldo justo y...

Apabullado, desconecté la grabadora. Confieso que no lo esperaba. El magnífico discurso seguro que no haría ningún bien a la tesis de Gina. Para mi fortuna había tela de donde cortar.

Me pasé a otro grupo de curiosos. Esta vez el entretenedor era un hombre de mediana edad, estaba algo canoso y lucía una mirada vulpina de galán en bancarrota. Llevaba un clavel en la solapa y manipulaba distraídamente una boa desdentada. Dentro del círculo que enmarcaba su área de trabajo tenía amontonadas un sinnúmero de baratijas: pócmas amorosas, amuletos, joyería de fantasía, tarjetas con oraciones milagrosas. En suma, el comercio y la publicidad fundidos en un solo pellejo: la quimera de las grandes empresas.

Un poco cortado, oculté la grabadora bajo la chamarra, como medida previsoras. El merolico-mercader, al descubrirme situado detrás de una muchachona, sitio en el que había caído sin preme-

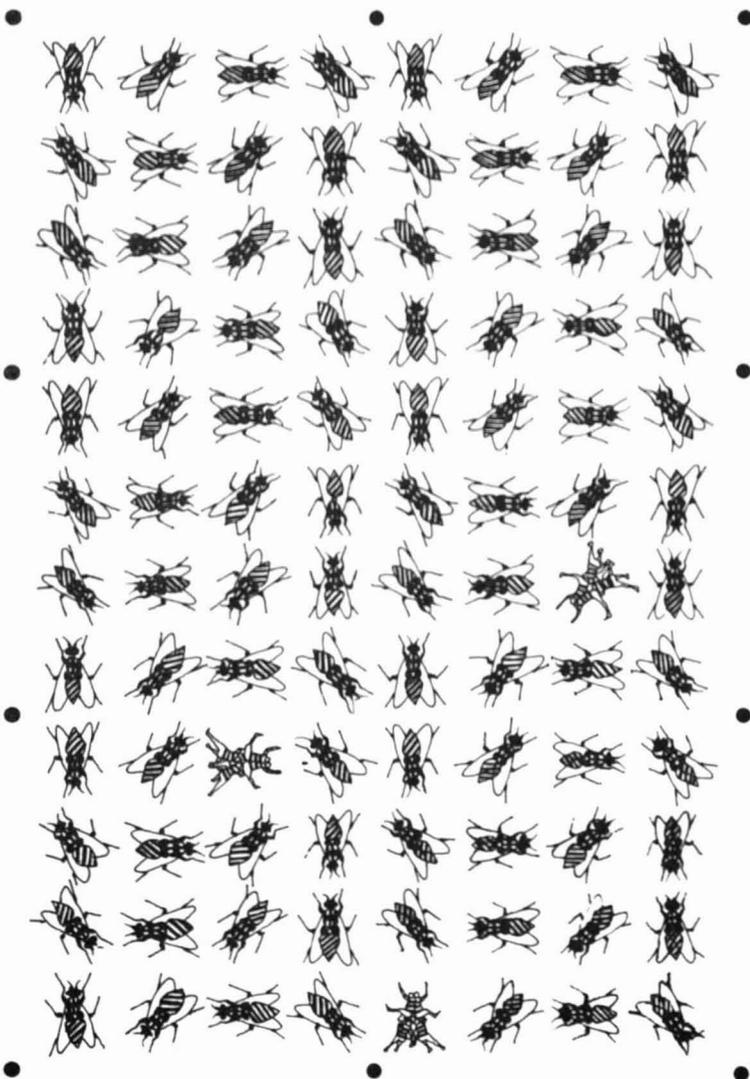
ditación ni alevosía, imaginó que no iba precisamente a apreciar su arte sino más bien a restregarme contra el trasero de la chica.

—Si eres desos que se hacen los dormidos en el camión para no dejarle el asiento a quien lo necesita o se paran detrás de las mujeres y se aprietan contra su humanidad...

Definitivamente la grabación se había frustrado; de cualquier modo llevaba un discurso de hambre justiciera y un sondeo psicológico sobre erotismo camionero, inservibles ambos, hay que decirlo, a menos que a Gina le interesaran estas cuestiones. Me marché desalentado.

No creo en la mala suerte pero dice el dicho que cuando la traes chueca hasta los perros te mean. Yo, el incrédulo, habría de confirmarlo instantes después.

El mugriento telón de la tarde se venía encima



eduardo  
de  
efe.

por lo que decidí pasar con Gina y contarle mi fracaso.

En la del Valle las calles mostraban el típico aspecto dominguero: se hallaban casi desiertas salvo dos o tres ancianas que paseaban al perrito para el pipí de la tarde.

Las ráfagas de viento arreciaron. Quise ponerme presentable frente al espejo de un auto. Blandía el peine cuando un auto se detuvo a poca distancia. Un perro con cara de mandril se apeó y me agarró de un brazo.

—A ver, cabrón, acompáñame... es la tira.

Ordenes son órdenes, así que obedecí. Me aventó al asiento posterior donde también se aplastó. Al volante iba un mandril con cara de perro. La pareja ideal.

—¿Ibas a echarme un cristalazo, verdá, cabrón? —interrogó el perro con cara de mandril mientras me pasaba a la aduana— ¿Cuántos carros te has robado?

—No, señor; no soy ratero.

—¿Nooo? ¿Entonces qu'eres? ¿excursionista? ¿adonde pensabas llevarte ese Volkswagen d'excursión? —preguntó el que iba a mi lado. Lo miré bien, de frente. Lo había apreciado mal. En realidad no era un perro con cara de mandril sino un cerdo con corbata y grandes manchas húmedas en las axilas y, por lo visto, un deseo vesánico de hacerme confesar ladrón.

—Este cabrón es conejo.

—No, señor... soy... fotógrafo— dije, por decir algo. Error No. 1.

—... Y sacas bonitas postales con esta grabadora ¿eh?

Los errores se pagan caro... máxime si los cometes frente a la ley. Aunque la tarde era sólo húmeda y me encontraba bajo techo, por así decirlo, comenzó a lloverme copiosa y abundantemente, y no agua precisamente. En parte lo merecía por abrir la boca a lo pendejo. El de las axilas húmedas era un imbecil, un inepto para cualquier otra cosa que no fuera golpear. Incluso se pasó dos altos. Puso sus dedos pringosos en cada una de las teclas de la grabadora tratando en vano de hacerla funcionar. Al fin logró encenderla: "... para dar a conocer todas las injusticias de que somos víctimas y lo dura que's nuestra vida y se nos dé chance de formar un sindicato y gocemos de todas las prestaciones de la ley y..." Fue suficiente.

—¡Este cabrón es un agitador! —bramó el de las axilas húmedas.

—¡Un comunista! —lo secundó el del volante. Todo estaba dicho.

Bajo el cargo de sospechoso me condujeron a la Jefatura. Sale sobrando decir que la grabadora y los pocos clavos que portaba pasaron a formar el botín de guerra de los puercos que me capturaron. Quedé detenido mientras investigaban mis antecedentes. Dos días después me pasaron al Carmen, donde me enchiqueraron nuevamente dándome de

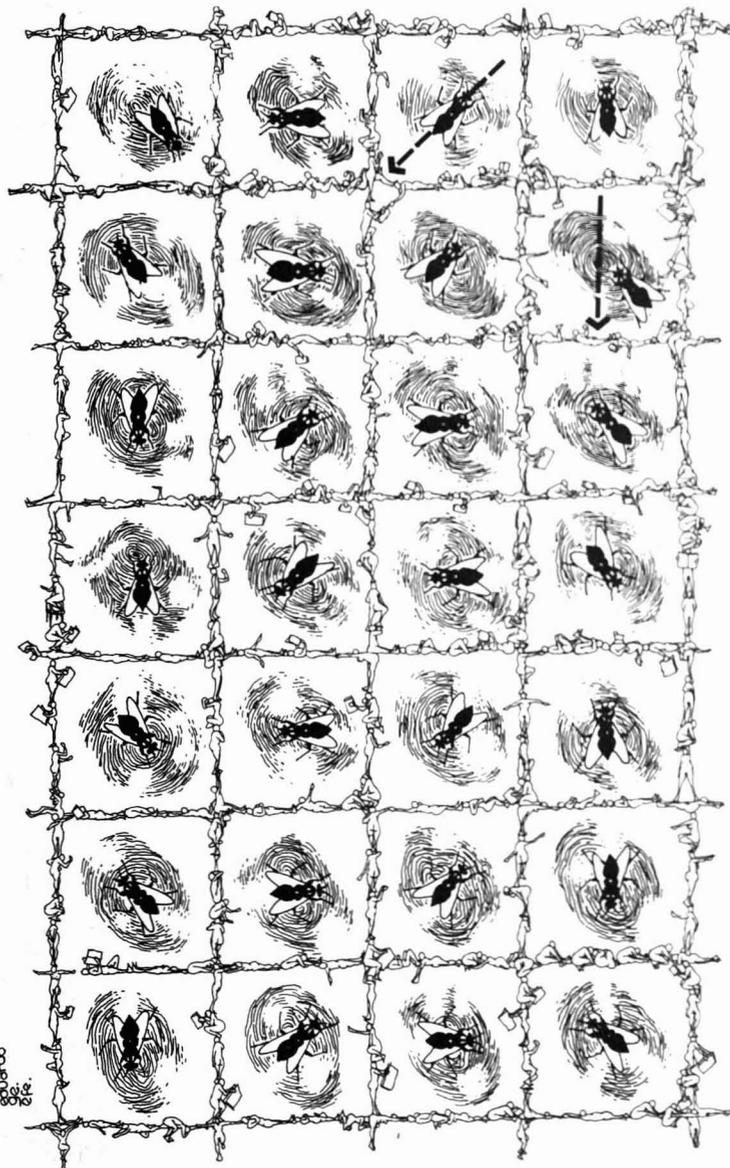
alta por el delito de sospechoso.

En la celda perdí la chamarra pero salvé la dentadura y también muy a la forzada tuve que permutar mis zapatos por otros con aire acondicionado. No tenía caso jugarle al héroe con el bandón de la Morelos que ahí se encontraba.

Las horas transcurrían pesadas, espesas. Los observaba hacer y deshacer, jugar baraja, atracar a los nuevos detenidos y, lo más importante, escuchar el caló original. ¡Lástima que no tuviera la grabadora! ¡Había como para formar tres tomos de la tesis de Gina! A uno de los más veteranos, un tipo apodado el Ronco, le gustaba referir anécdotas.

—En mis tiempos —comenzaba—, se trabajaba con cabeza, con finura... puro trabajo limpio que no admitía reclamación...

Después de la segunda vez que lo escuché referir



la misma historia, tomé sus relatos por el lado bueno, por su efecto narcótico, para dormirme. Era una cualidad que agradecía en secreto.

En la celda éramos cinco. Además del Ronco y yo, estaban el Piteco, el Púas y el Gori. Vicioso, cristal y zorrero respectivamente, para enriquecimiento del conocimiento mutuo. El Ronco era el que mayor tiempo llevaba enchiquerado. Sostenía que le era imposible dormir con la luz prendida. Dos focos del pasillo daban directo a nuestra celda. El Ronco había puesto fuera de circulación tantos de ellos como en celdas había estado. Ahora mismo miraba siniestramente a los de enfrente. Extrajo un cerillo y lo mascó por un extremo. Lo encendió y con magistral puntería lo acertó en uno de los focos. No tardó en estallar. Iba a repetir la operación cuando se oyeron pasos en el corredor. Dos tiras, uno de los cuales venía armado con una macana, llegaron hasta nuestra celda acompañados del llavero.

—¿Quién rompió ese foco? —bramó el de la macana.

Silencio.

—¿Qué quién cabrones rompió el foco??? ¡Hablen o les quebramos la madre a todos!

Nuevo silencio.

Nos sacaron uno a uno y nos formaron en fila. El Ronco permanecía sereno, el muy ladino. Preguntaron una vez más y como nadie respondiera nos obsequiaron una andanada de patadas, macanazos, imprecaciones y manotazos que a mi en lo personal me quitó el frío. Luego nos devolvieron a la celda. El Ronco, que había recibido un mal golpe en el pubis se quejó: “¡Aquí no es uno *libre* ni de dormir!” Tenía razón.

Desaliñado y fatigado abandoné la prisión quince días después. Fui con Estela directamente, sin preocuparme de ponerme elegante frente a ningún espejo. Me contó cuan preocupadas habían estado, por la grabación, naturalmente. Hice una sinopsis de la tragedia, misma que deglutieron muy a su pesar. Lo lamentaron; pero lamentaron todavía más la pérdida de la grabadora, que les había vendido un fayuquero a precio elevado.

No obstante, como se disponían a cenar, tuvieron que invitarme. No opuse mucha resistencia que digamos.

La cena me devolvió el ánimo. Hasta me dieron ganas de bromear.

—Antes no creía que la mala suerte durara más de dos días, pero esta vez comprobé que incluso puede durar más de quince... pero se acabó la racha... de ai p'al real, feliz feliciano. Bueno, me retiro del aire... traigo una poca de mugre de más y muchas ganas de dormir... Nos estamos viendo.

Esperé el camión en la esquina. Mientras llegaba leí los encabezados de los diarios. Accidentalmente vi la fecha en uno de ellos: martes 13 de agosto de 1971. Me apresuré a llegar a casa cuanto antes para no salir el resto de la tarde.